

dolerse es juzgarla. Pertenece al número de esos recuerdos que desarma la severidad política del historiador; recuerdo que se evoca con piedad y que no se juzga, como debe juzgarse á las mugeres, si no con lágrimas.

La historia, enalquiera que su opinion sea, regará este suceso con abundantes lágrimas. ¡Sola contra todos, inocente por su sexo, sagrada por su título de madre, una muger indefensa, inmolada en tierra estrangera por un pueblo que nada perdona á la juventud, á la belleza, al vértigo de la adoracion! Llamada por un pueblo para ocupar un trono, este pueblo ni aun le concede una tumba. En el libro-registro de los entierros comunes de la Magdalena se lee lo siguiente: *Por un atahud para la viuda de Capeto, 7 francos.*

He aquí el resumen de una vida de reina y de esas enormes sumas gastadas durante todo un reinado por la esplendidez en los placeres, y por las generosidades de una muger dueña de Versalles, Saint-Cloud y Trianon. Cuando la Providencia quiere hablar á los hombres con la ruda elocuencia de las vicisitudes reales, dice mas con un solo signo que Séneca y Bossuet con sus magníficos discursos, é imprime una vil cifra en el registro de un sepulturero.



LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados del centro son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veinte y un girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino.

I.

La relacion del proceso y de la muerte de María Antonieta, que no hemos querido interrumpir, nos obliga á volver algunas semanas atrás, hasta el 3 de octubre, para seguir el destino de los girondinos.

Desde el 2 de junio, fecha de su caída y de la prision de sus principales oradores, los girondinos eran objeto del resentimiento del pueblo de Paris, mas sediento que harto de venganzas. La comision de seguridad general encargó á Amar, uno de sus mas implacables miembros, que entregase al tribunal á los principales gefes de este partido, que habian sido presos el 31 de mayo, y que decretase la acusacion de los setenta y tres diputados del centro, sospechosos de complicidad moral con la Gironda, y que habian protestado el 6 y 9 de junio,

por medio de un acto valiente y público, contra la violencia del pueblo y contra la mutilación de la representación nacional. Un profundo misterio envolvió esta medida de la comisión de seguridad general que obró como el tribunal de los Diez en Venecia, asegurando con el disimulo y el silencio, las víctimas que temia se la escapasen.

II.

El 3 de octubre, en una de esas espléndidas mañanas del otoño, que parecen convidar á los hombres con la serenidad del cielo á la libre contemplación de los últimos días de la hermosa estación que va á morir, los setenta y tres diputados del centro, resto amenazado siempre, y siempre inquietos, del partido de Roland, de Vergniaud y de Brissot, fueron á la Convención para la sesión de aquel día, quedando admirados del aparato inusitado de fuerza armada que habia alrededor de las Tullerías. En el recinto del salón, las tribunas frecuentadas por el pueblo, y en donde asistía á sus negocios, estaban mas concurridas que de ordinario. Una sorda agitación, una esperanza impaciente se traslucía en las conversaciones, en los movimientos y en las fisonomías de los espectadores. Un peso invisible de ansiedad parecia gravitar sobre los diputados, que iban ocupando lentamente sus puestos: se hubiera dicho que la Montaña y el pueblo, habian recibido la siniestra confidencia de la escena trágica que se preparaba. Los setenta y tres miraban sin comprender, y se preguntaban sin poderse responder, qué nuevo acto de tiranía habia traspirado aquella noche del seno de la comisión.

III.

Un diputado de la Montaña bajó de su banco, subió á la tribuna y anunció que el relator de la comisión de seguridad general, Amar, vendria muy pronto á dar su informe sobre los girondinos, presos desde el 8 de junio. Este diputado para calmar la impaciencia de los espectadores, mostró con sus adiciones y hojeó rápidamente los documentos auténticos de este informe, depositados con anticipación sobre la tribuna y que contenian la vida ó la muerte ilegible aun de tantos proscritos. En seguida compareció Amar. Era este uno de esos hombres de carácter moderado cuando los tiempos son tranquilos y cuando no hay peligro en serlo, pero que tratan de desmentir su moderación pasada por medio de la violencia cuando llega la época del trastorno y de la efervescencia de las pasiones populares. Amar, antiguo ennoblecido del parlamento de Grenoble, habia combatido en un principio á la Montaña. Esforzabase despues por aplacarla, presentándole culpables que castigar para apartar de sí las sospechas y los resentimientos. Su informe estenso y caudinoso, resumen de todos los rumores contradictorios esparcidos contra los girondinos por sus enemigos, concluia:

1.º Por declarar culpables de conspiración contra la unidad é indivisibilidad de la república á los diputados Brissot, Vergniaud, Gensonné, Lauze de Perret, Carra, Mollevault, Gardien, Dufriche-Valazé, Vallée, Duprat, Sillery, Condorcet, Fauchet, Pontécoulant, Ducos, Boyer-Fonfrede, Lasonree, Lestep-Beauvais, Isnard, Du Chastel, Duval, Deverite, Mainvielle, Delahaye, Bonnet, Lacaze, Mazuyer, Savary, Hardy, Lehardy, Boileau, Rouyer, Antiboul, Bresson, Noël, Coustard, Andrei de la Corse, Grangeneuve, Vigée, y en fin, Felipe Igualdad, antes du-

que de Orleans, olvidado por un momento, pedido nominalmente por Billaud-Varenes y concedido por unanimidad.

2.º Por declarar traidores á la patria en conformidad de un decreto anterior del mes de julio, á los diputados girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salles, Louvet, Bergeon, Petion, Guadet, Chasset, Chambon, Lidon, Valady, Kervelegan, Henri Lariviere, Rabaut-Saint-Etienne, Lesage, Cussy, Meillan y Biroteau.

El relator suspendió un momento la lectura de sus conclusiones despues de estos dos artículos. Los miembros del centro cómplices en la política de los diputados de la Gironda aprisionados ó proscriptos, respiraron, creyéndose olvidados ó amnistiados. Nada les habia revelado en las confidencias de sus colegas de las comisiones, que la cuchilla estaviese suspendida y tan próxima á caer sobre sus cabezas. Resignábanse con dolor, á la proscripción ó al suplicio de los gefes de una opinion que no podian salvar, y trataban de ocultarse y de confundirse en los sitios mas oscuros de la Convencion: mudos, por temor de que el pueblo al oír hablar de ellos se acordase de que lo habian ofendido y de que aun vivian! A las primeras frases del informe de Amar, algunos se deslizaron furtivamente fuera del recinto, temiendo por un presentimiento vago, que la inmensa red de la acusacion, tendida por el órgano de la comision de seguridad general, llegase hasta ellos y los envolviese en sus mismos bancos: otros, permanecieron en sus puestos felicitándose interiormente de no haber provocado sospechas. Esta ilusion no duró mas que algunos momentos. Amar volvió á coger con mano implacable los pliegos de la segunda parte de su informe, pero antes de leer pidió que se cerrasen las puertas del salon por un decreto instantáneo y que nadie pudiera salir ni aun de las tribunas. Los sospechosos votaron como los demas este decreto inesperado, por aparentar que no les causaba temor. Amar prosiguió: «Aque-

llos, dijo, de los signatarios de las protestas del 6 y 19 de junio último (contra el 31 de mayo, espulsion de los Girondinos) que no han sido entregados al tribunal revolucionario, serán puestos en prision y sellados sus papeles. Con respecto á estos, se redactará un informe particular por la comision de seguridad general:» Entonces empezó á leer los nombres de los setenta y tres diputados. Un largo silencio sucedia á cada nombre que pronunciaba dejando por un momento en el alma de todos la esperanza de ser omitidos, ó el terror de ser nombrados. Hé aqui los que oyeron el decreto nominal de su proscripción inmediata y de su próxima muerte, de los labios de Amar: Cazeneuve, Laplaigne, Chasset, Defermon, Rouault, Girault, Chastelin, Dugué-d'Assé, Lebreton, Dussaulx, Couppé, Saurine, Queinnet, Salmon, Lacaze (mayor), Corbel, Guiter, Ferroux, Bailleul, Ruault, Obelin, Babey, Blad, Maisse, Peyre, Bohan, Fleury, Vernier, Grenot, Amyon, Laureneot, Jarry, Rabaut, Favolle, Aubry, Ribereau, Derazey, Mazuyer de (Saone y Loire), Vallée, Lefebvre, Olivier Gerente, Royer, Duprat, Garithe, Devilleville, Varlet, Dubusc, Savary, Blanqui, Massa, Debray-Doublet, Delamarre, Faure, Hecquet, Deschamps, Lefebvre (del Sena inferior), Serre, Laurence, Saladin, Mercier, Daunou, Peries, Vincent, Tournier, Rouzet, Blaux, Blaviel, Marboz, Estadenz, Bresson (de los Vosges), Moysset, Saint-Prix y Gamon.

El decreto de acusacion fué aprobado sin discusion. Algunos de los diputados designados quisieron reclamar, pero la impaciencia ahogó sus voces, y se reunieron en silencio, como un rebaño destinado á la carniceria en el estrecho espacio de la barra. Varios miembros de la Montaña pidieron con animosidad la inclusion de los nombres de sus enemigos en la lista de los proscriptos. A la conclusion de esta larga sesion llevaron á los diputados designados á las cárceles de París, y la mayor parte á la de la *Fuerza*.

Pidióse entonces á gritos que su juicio se celebrase con el de los girondinos, entregados al tribunal revolucionario. Este juicio era la muerte. Robespierre empleó, con mas valor que el que mostró en defender á tantas otras víctimas, su influencia para librarlos del cadalso, no temiendo resistir á los clamores del pueblo ni importunar á sus colegas en las comisiones para sustraer sus setenta y tres colegas á la impaciencia de sus enemigos. El porvenir ha mostrado que él los reservaba como un contrapeso á la omnipotencia de la Montaña, para el momento en que dominase solo sobre la Convencion. Este testimonio le fué dado despues por los mismos que creian ver en él el instigador secreto de su proscripcion. El diputado girondino Blanqui, uno de los setenta y tres presos en la Fuerza, habia tenido relaciones personales con Robespierre en la comision de instruccion pública. Este le escribió quejándose del trato indigno que se les hacia sufrir tanto á él como á sus colegas en los calabozos, y afeándole la mutilacion violenta de la representacion nacional: Robespierre osó responder á Blanqui, pero lo hizo en términos vagos y oscuros, que dejaban entrever sentimientos de humanidad, esperanzas de libertad y promesas de proteccion oculta, que se realizarian despues en beneficio de todos aquellos presos. Blanqui y sus compañeros de prision comprendieron por estos sintomas que su proscripcion era mas bien una concesion que una incitacion de Robespierre, y que queria atraérselos por el reconocimiento para que le sirviesen en sus ulteriores planes. En cuanto á los diputados encarcelados desde el 31 de mayo, su suerte acababa de decidirse por la boca de Amar. Ellos la podian presentir hacia mucho tiempo. La Montaña al principio, satisfecha de su victoria, y Danton y Robespierre, avergonzados de unos asesinatos odiosos é impolíticos, se habian esforzado en vano para hacerlos olvidar. No se levantaba un cadalso en Paris, sin que la multitud preguntase por qué no subian á él los girondi-

nos. La comision de salvacion pública temblaba de dejar por mas tiempo á disposicion de los montañeses y de los exaltados del ayuntamiento un arma tan terrible para ella y que tanto mal podia hacerla, como el ser acusada de debilidad. Los jacobinos habian arrancado á los girondinos la cabeza de Luis XVI, la demagogia de Hebert, de Pache, de Andouin, intimaba á los Jacobinos que diesen á la república en prendas y como prueba de su energia, las veinte y una cabezas de sus colegas: Robespierre cedió á su pesar. Garat, ministro aun del Interior, fué á suplicarle que salvase á los presos. «No me habéis mas de ellos, dijo Robespierre, yo mismo no podria salvarlos. Hay dias en la revolucion en que el crimen consiste en vivir, y en que es menester saber entregar la cabeza cuando os la pidan. Tambien puede ser que me pidan la mia, añadió llevando las manos á sus cabellos, como un hombre que coge un fardo de encima de sus hombros para arrojarlo al suelo, ¡vos vereis si yo la disputo!» Garat se retiró consternado.

IV.

Como se ha visto en el curso de esta narracion, Vergniaud, Gensonné, Ducos, Fonfrede, Valazé, Carra, Fauchet, Lassource, Sillery, Gorsas y sus colegas, permanecian presos voluntariamente en Paris. Condorcet se habia sustraído á tiempo á las pesquisas del ayuntamiento y al decreto de acusacion lanzado contra él.

Roland se habia refugiado y ocultado en las cercanias de Rouen despues de la prision de su esposa. Brissot, á quien la opinion pública consideraba como el gefe de esta faccion, porque él habia sido su publicista y porque la habia dado su nombre, se habia prevenido contra la órden de prision por la fuga. En Calvados, su patria,

no encontró ningún amigo, y salió de la ciudad solo, á pie, con un traje prestado, con intento de dirigirse á través de los campos y por caminos estraviados hácia las fronteras de Suiza ó hácia los departamentos del Mediodía. Provisto de un pasaporte falso, Brissot erró, sin ser conocido, por gran parte de la Francia, comiendo y durmiendo en las cabañas de los pastores, volviendo por el día á proseguir su camino por medio de unos campos cubiertos en aquel momento de la mas brillante vegetacion. Este hombre volvía á encontrar, al aspecto de un cielo despejado, de unos campos esmaltados de flores, y al de los solitarios bosques situados á orillas del Loira, aquella pasion por la naturaleza y aquella afiecion por la soledad que las tempestades políticas no habian podido alterar en su alma, y de las que el destino parecia querer privarle para siempre. En Moulins fué reconocido y preso, y con trabajo pudo escapar del furor de los jacobinos de aquella ciudad. Conducido á Paris en medio de mil imprecaciones y mil gritos de muerte, lo habian arrojado á los calabozos de la Abadía, en donde se consumia hacia ya cinco meses.

V.

El cautiverio de los demas girondinos, presos despues del 31 de mayo, habia seguido, en su indulgencia ó en sus rigores, las oscilaciones de la opinion pública. Dulce en un principio, avergonzado de sí mismo, y por decirlo así, nominal, se habia limitado aquel encierro á un confinamiento de los detenidos en sus propias habitaciones, bajo la vigilancia de un gendarme. Las ocasiones de evadirse eran frecuentes y fáciles. Reunidos con sus familias, visitados por sus amigos, servidos por sus criados, provistos de oro y de pasaportes falsos, parecia que se les habia dejado con tan inusitada lenidad en disposi-

cion y aun en libertad de emprender la fuga. Causábala á la Montaña mas embarazo que envidia aquellas víctimas, pero despues de los desastres del ejército del Norte, de los sucesos de la Vendée, de las insurrecciones de Calvados, de Marsella, de Lyon y de Tolon, despues de la proclamacion del terror, del juicio de Custine, del suplicio de la reina, y de la ley sobre los sospechosos, los girondinos eran tratados con mas rigor. Se les habia puesto en la Abadía, despues en el Luxemburgo, y luego en los Carmelitas, reunidos por el mismo crimen y agrupados para sufrir la misma suerte. Por mucho tiempo confundidos con los sospechosos de realismo ó de federalismo, los girondinos se habian hallado asociados por la casualidad, vengadora ciega de los vencedores y de los vencidos, con las víctimas de su política, esto es, con los vencidos del 10 de agosto, con los amigos de La Fayette y de Dumouriez, con los servidores del trono, con los moderadores de la revolucion, con los nobles, con los sacerdotes, con los magistrados, con Barnave, con Bailly y con Malesherbes. La neutralidad de los calabozos habia hecho que todos aquellos hombres, tan distantes en ideas, se reuniesen para hablar, jugar ó matar el tiempo del mejor modo posible. ¡Leccion provechosa de todas las revueltas civiles! Ellos se vieron y se hablaron unos á otros, no sin estrañeza, pero sí sin reerimnaciones ni rencores. La misma adversidad comun hacia que todos se disculpasen mutuamente respecto al partido que cada uno habia abrazado.

Todos los girondinos inflexibles en su republicanismo, conservaban la actitud revolucionaria de su primera naturaleza, no afectando arrepentimiento en sus opiniones, ni humillacion por su caída. Se confundian con la Convencion en todos sus actos de energía patriótica y de severidad contra los realistas, separándose de ella en lo que ellos llamaban su esclavitud y sus crímenes. En la prision formaban una sociedad aparte y un grupo distin-

to que no era un rompimiento, pero sí un cisma en la república. Sus nombres, su celebridad, su juventud y su elocuencia inspiraban curiosidad á sus enemigos, respeto á los presos y atenciones aun á sus carceleros. Algo de su carácter de representantes del pueblo, de su prestigio y de su poder, les había seguido hasta los calabozos. Aunque cautivos reinaban todavía por la memoria ó por la admiracion que los rodeaba.

VI.

Cuando se decidió su causa, se estrechó mas este cautiverio. Por algunos días se les encerró en la inmensa casa de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, monasterio convertido en cárcel, siniestro por los recuerdos y por las manchas de sangre de los asesinatos de setiembre. Los pisos inferiores de esta cárcel, ya atestada de presos no les dejaba á los girondinos, sino un reducido espacio, bajo el tejado del antiguo convento, compuesto de un corredor oscuro y de tres celdas bajas, que se comunicaban unas con otras y semejantes á los *plomos de Venecia*. Una escalera oculta en una esquina del edificio, conducia desde el patio hasta el tejado. En esta escalera se habian hecho varias separaciones, atajándola toda con puertas para hacer mas calabozos. Una sola puerta maciza y cubierta de planchas de hierro daba entrada á estos cuartos. Como esta puerta estaba cerrada desde 1793, y como se ha abierto para nosotros, nos ha exhumado aquellas celdas, y nos ha representado la imagen y recordado los pensamientos de aquellas víctimas tan intactos como el día en que ellos los dejaron, para ir al cadalso. Ni la huella, ni la mano, ni las injurias del tiempo, han borrado allí sus vestigios. Los letreros escritos por los demás proscritos, se encuentran confun-

didos con los de los girondinos. Los nombres de los amigos y de los enemigos, los de los verdugos y los de las víctimas están reunidos en un mismo lienzo de pared.

VII.

Encima del dintel de la puerta, se lee desde luego en letras bordadas la inscripcion de todos los monumentos públicos de aquel tiempo: *La libertad, la igualdad ó la muerte*. Se entra en seguida en una celda bastante grande que servia de saia comun, y en la cual los presos se reunian á hablar y á comer. A la izquierda hay una pequeña bohardilla oscura en la que dormian los mas jóvenes. A la derecha habia una puerta que daba á un cuarto piso, mas grande que el primero y que servia de dormitorio comun. Estos dos cuartos abohardillados por el lado de la pared exterior, recibian la luz por dos ventanas que daban vista al inmenso jardín y á otros terrenos inmediatos á los Carmelitas. La vista contemplaba desde allí el jardín y un surtidor de aguas que parece destinado á lavar eternamente la sangre de los sacerdotes asesinados á la intermediacion del estanque, descubriéndose igualmente desde aquel punto, un inmenso horizonte al Norte y al Oeste de Paris. El cielo no está cortado sino por la cúspide de un campanario hacia el lado del Luxembourg, por la cúpula de los Inválidos al frente, y á la izquierda, por dos torres de una iglesia demolida. El día, la luz, el silencio, la serenidad de este horizonte, entraban á torrentes en aquellos elevados cuartos y ofrecian á los presos la imagen del campo, las ilusiones de la libertad y la calma de la meditacion. Las paredes y el techo de estos cuartos, blanqueados con una argamasa grosera, proporcionaban á los presos en vez de papel, cuyo uso les estaba prohibido desde que fueron trasladados allí, pági-

nas lapidarias sobre las cuales podian grabar sus últimos pensamientos con las puntas de los cuchillos, ó escribirlos con el pincel. Estos pensamientos, generalmente expresados en máximas breves y proverbiales, ó en versos escritos en la lengua inmortal del Lacio, cubren todavía aquellos muros, en los cuales asistimos á la última conversacion y recibimos la suprema confidencia de los girondinos. Casi todos los letreros están escritos con sangre, que conserva aun su color, pareciendo imprimir así en las miradas de los que los leen, cierta cosa del mismo hombre que los ha escrito con su sustancia y con su vida. Estas inscripciones son la prueba del martirio de los primeros republicanos, dando testimonio de sus creencias, con su propia mano y con su propia sangre. Ninguna espresa sentimiento ni debilidad. Los gemidos de la desgracia no amortiguan las condiciones. La mayor parte son un himno á la constancia, un desafío á la muerte, ó una llamada á la inmortalidad; los nombres de alguno de sus perseguidores se encuentran tambien mezclados con los de los girondinos. Aquí se lee:

«Cuando Caton no pudo salvar la libertad de Roma, siguió viviendo libre y supo morir como hombre.»

Mas allá:

«Justum et tenacem propositi virum
Non civium ardor prava juventium,
Non vultus instantis tyranni
Mente quatit solida.»

Mas alto:

«Cui virtus non deest,
Ille
Nunquam omnino miser.»

Mas abajo:

«La verdadera libertad es la del alma.»

A su lado, hay una inscripcion religiosa, en la cual se cree reconocer la mano de Fauchet:

«Acordaos que sois llamados no para hablar y estar ociosos, sino para sufrir y trabajar.»

(Imitacion de Jesucristo.)

En otro lado de la pared, un recuerdo á un nombre amado y que no quiere revelar ni á la muerte:

«Muero por.....»

(MONTALEMBERT.)

Sobre una viga:

«Dignum certe deo spectaculum fortém virum colluctantem cum calamitate.»

Encima:

«Qué apoyos tan sublimes tengo en mi suprema desgracia, tengo en mi favor á mi virtud, á la equidad y al mismo Dios!»

Debajo de esto:

«El dia no es mas puro que el fondo de mi corazon.»

En el marco de la ventana:

«Cui virtus non deest,
Ille
Nunquam omnino miser.....»

«Rebus in arduis facile est contemnere vitam.»

«Dulce et decorum pro patria mori.»

«Non omnis moriar.»

«Summum credo nefas animam præferre pudori!»

En gruesas letras escritas con sangre, por la mano de Vergniaud :

«Potius mori quam fœdari.»

En fin, una indescifrable multitud de inscripciones, de iniciales, de estrofas, y de pensamientos concluidos, manifiestan toda la intrepidez de aquellos hombres estóicos, nutridos en la doctrina de la antigüedad, y que buscan un consuelo, no en la esperanza de la vida, sino en la contemplacion de la muerte. Estas paredes, así como las victimas que han contenido, chorrean sangre, pero no lloran.

VIII.

Los girondinos fueron trasladados durante la noche á su última prision, á la Consergeria. La reina aun estaba allí. Así, el techo cubria á la reina y á los hombres que la habian precipitado del solio el 10 de agosto; á la víctima del trono, y las victimas de la república. Allí se reunieron con Brissot, que hacia tiempo se hallaba solo en la Abadía, con otros colegas y amigos suyos, que habian traído del Mediodía ó de la Bretaña para ser juzgados con ellos.

Se les puso en un departamento separado del resto de los presos: sus calabozos estaban contiguos y uno solo contenia ocho camas; no se comunicaban con los otros presos sino en los patios en las largas horas de ociosidad y de paseo. La imposibilidad de evadirse de estas paredes cerradas con triples puertas, barras de hierro, cerrojos y centinelas, habia endulzado el régimen de *incomunicacion* á que estaban condenados algun tiempo hacia. Se les permitió el uso de la tinta y del papel; tenian periódicos, y se comunicaban por los postigos con sus esposas,

sus hijos y sus amigos. Allí era únicamente en donde se enternecian al dirigirles algunas palabras, al apretarles las manos y al mirarles con los ojos arrasados de lágrimas: consuelo y suplicio de semejantes entrevistas en todas las cárceles. Brissot veia de cuando en cuando á su muger que levantaba á su hijo en sus brazos para que besase á su padre. Como la mayor parte eran jóvenes, solteros, sin familia en Paris, y relacionados con mugeres que no llevaban sus apellidos, ni podian confesar su amor, ni su dolor, no conseguian sino á fuerza de engaños y de astucias deslizar un billete, ó cambiar un suspiro ó una mirada con los que amaban.

Elcuñado de Vergniaud, Mr. Allaud, llegó de Limoges con algun dinero para el preso, porque Vergniaud estaba en una desnudez completa: sus vestidos se caian á pedazos. Mr. Allaud se habia traído consigo á su hijo, niño de diez años, y cuyas facciones recordaron á Vergniaud la imágen de su querida hermana. El niño viendo á su tio preso como un malhechor, con la cara flaca, el color pálido, el cabello descompuesto, la barba crecida, el vestido sucio y roto cayéndosele á pedazos, se echó á llorar y fué á refugiarse asustado entre las rodillas de su padre.—«Hijo mio, le dijo el preso tomándolo en sus brazos, tranquilízate y mírame bien: cuando seas hombre podrás decir que has visto á Vergniaud, el fundador de la república en su mejor tiempo, y con el mejor traje de su vida, traje con el cual sufrió la persecucion de los malvados y se preparó á morir por los hombres libres.»

El niño se acordó en efecto, y cincuenta años despues se lo dijo al que escribe estas líneas.

IX.

En las horas de reunion en el patio de la cárcel, los demas presos se agrupaban alrededor de los girondinos

para contemplarlos y para oírlos. Sus conversaciones versaban sobre los acontecimientos del día, sobre los peligros de la patria, sobre las dificultades de la libertad y sobre los males de la república. Hablaban como hombres que nada tenían ya que ver con los sucesos y que contemplaban ensangrentada y deshonrada la obra de sus manos. Su elocuencia, que nada había perdido de su antiguo patriotismo, parecía adquirir bajo aquellas bóvedas cierta solemnidad que participaba de la profecía y de la impasibilidad celeste. Su voz imparcial parecía salir del sepulcro: Brissot leía á sus colegas las páginas que legaba al porvenir, para su justificación. En ellas se traslucía el pesar de que aquella libertad que había ido á contemplar á un pueblo nuevo en los bosques de América, en donde las mas puras virtudes lo naturalizaban, se alimentase con sangre y veneno en un pueblo envejecido y corrompido como el nuestro en que es necesario crear hasta los hombres, para regenerar las instituciones humanas. Genonné conservaba la acritud del sarcasmo y la sal corrosiva de su palabra, y se vengaba de la persecucion, despreciando á los perseguidores. Lasource iluminaba con el fuego de su ardiente imaginacion, los abismos de la anarquía, consolándose al ver, que al hundirse su partido se verificaba su hundimiento general en Europa. Su místico espíritu mostraba por todas partes el dedo de Dios señalando la ruina de la sociedad. Carra soñaba en nuevas combinaciones y en nuevas divisiones de países, entre las potencias de Europa, designando sobre el globo la carta de la libertad y tomando las quimeras de su imaginacion por el genio del hombre de Estado: Fauchet se daba golpes de pecho delante de sus colegas, y se acusaba con un arrepentimiento sincero y firme de haber abandonado la fé de su juventud. Demostraba que solo la religion podia guiar los pasos de la libertad, alegrándose de poder dar en su próxima muerte el carácter del doble mártirio, el del sacerdote que se arrepiente y el del re-

publicano que persevera. Sillery callaba, porque encontraba el silencio mas digno que las quejas, volviendo como Fauchet á las creencias y prácticas religiosas. Los dos se separaban con frecuencia de sus colegas para hablar aparte con un venerable sacerdote encerrado por su fé en la Conserjería. Este era el abate Emery, superior que había sido de la congregacion de San Sulpicio y de quien Fouquier-Tinville decia: «Le dejamos vivir, porque ahoga mas quejas y mas tumultos en las cárceles con su dulzura y con sus consejos que pudieron hacerlo los gendarmes y el miedo de la guillotina.»

Ducos y Fonfrede, jóvenes en quienes la prision no podia enfriar el fuego de la juventud y la verbosidad del Mediodía jugaban con la muerte, escribian versos, afectaban la alegría de sus días serenos y no encontraban gravedad, ni se enternecian, sino en las confidencias de su amistad y con el temor que cada uno de ellos manifestaba por la suerte del otro. Muchas veces se abrazaban y se daban las manos como para apoyarse contra la suerte. Ni el sentimiento de la fortuna inmensa y de la larga perspectiva de días dichosos que iban á dejar, ni los recuerdos de dos jóvenes amadas, cuya próxima viudez presentian, no les hacian arrepentirse ni un momento, al menos en la apariencia, del sacrificio que hacian de su vida en las aras de la libertad.

Sin embargo, una vez Fonfrede ocultándose de Ducos y hablando con el joven Riouffé dejó escapar un torrente de lágrimas contenido hacia mucho tiempo, al recordar á su muger y á sus hijos. Ducos lo notó, se le aproxima, é interrogándole con vivacidad. ¿Qué tienes y que es lo que me ocultas? (dijo con tono de tierna reconvenccion á su cuñado). Nada.... es este, que me habla y me enternece, respondió Fonfrede señalando á Riouffé. Ducos no se engañó sin embargo, sobre el llanto de Fonfrede. Los dos amigos se arrojaron en brazos uno de otro, ocultando sus lágrimas mutuamente.

Valazé veía aproximarse la muerte, como la coronación del sacrificio que había hecho hacia tiempo de su vida por la patria. Sabía que las nuevas doctrinas crecen con la sangre de sus apóstoles, felicitándose interiormente de darles la suya. Tenía el fanatismo del sacrificio y la impaciencia del martirio. Sus facciones radiantes de inmortalidad en aquellos calabozos, atestiguaban la aflicción anticipada de una muerte que buscaba en lugar de huirla. «Valazé, (le decían sus compañeros de miseria), para tí sería un castigo el que no te sentenciasen.» El se sonreía al oír estas palabras como un hombre, cuyo pensamiento ha sido adivinado. Algunas horas antes de verse la causa, dió al jóven Riouffé unas tijeras que tenía ocultas hasta entonces. «¡Ten, le dijo con una ironía, que Riouffé no entendió hasta despues, dicen que esta es una arma peligrosa, y temen que atentemos contra nuestros dias!» El llevaba consigo un arma mas segura, y este donativo no fué mas que una chanzá socrática á sus verdugos.

X.

Vergniaud, no afectaba ni la alegría aturdida de sus jóvenes amigos Ducos y Fonfrede, ni la solemnidad de Lassource, ni el imprudente ardor por morir de Valazé, ni la preocupacion laboriosa de Brissot por justificar su memoria ante la posteridad. Sereno, grave, natural, risueño alguna vez, y pensativo las mas, no escribió, y habló muy poco, pasando los dias sin afan y sin remordimientos en una ociosidad forzada que por otra parte no repugnaba mucho á su carácter. Así como el piloto separado del timon durante una tempestad, descansaba sobre cubierta en medio de las vacilaciones del bagel, cuyas maniobras no eran ya de su inspeccion. Ser fuerte, alma á

quien su misma fuerza hacia á veces demasiado inmóvil; su espíritu profético, aunque perezoso, le dejaban poca sensibilidad para consigo mismo. Con una mirada ó con una palabra reasumía una situación sin conocerla en sus pormenores. Solo y taciturno, recostado sobre su cama ó paseando en el patio, ilustraba algunas veces la conversacion con uno de aquellos rasgos de elocuencia tan magistruosa en el calabozo como en la tribuna. Sus colegas conmovidos le aplaudian y le suplicaban que anotase aquellas improvisaciones para el tribunal ó para la posteridad, pero Vergniaud se desdeñaba de recoger aquellas migajas de su genio. En él, la elocuencia no era un arte, era su misma alma, estando seguro de llevarla siempre consigo y de encontrarla en las ocasiones. La estimaba como un arma para combatir y no para adornarse con ella ante sus contemporáneos ni ante la posteridad. Emitida la idea no pensaba en reproducir un eco inútil de ella, y volvía á su sueño ó á su indiferencia habitual.

Algunas veces hablaba con Fauchet y sin participar de la fé de éste, hallaba buenas las teorías y las esperanzas del cristianismo: consideraba ésta religion como la verdadera filosofia de la humanidad, revestida de misterios y de imágenes para hacerla accesible á la debilidad de la infancia eterna del género humano: respetaba el cristianismo, como el fundidor respeta el oro en una moneda alterada: no queria la destruccion, pero si la depravacion lenta, libre y prudente del culto. «Separar á Dios de su imagen, decia, es la última obra de la filosofia y de la revolucion.» Vergniaud apreciaba mucho mas el talento de Fauchet, desde que aquel talento vago y declamatorio se habia vivificado y como santificado por la resurreccion del sentimiento religioso, en el alma del obispo del Calvados con el presentimiento del martirio. Fuera de estas conversaciones, la actitud exterior de Vergniaud era la indolencia; no aquella indolencia del hombre lijero, que no se eleva hasta la dignidad de su

suerte y que profana las tres cosas mas santas de la vida, la conciencia, el infortunio y la muerte; pero si la indolencia del hombre grave que juzga su propia situacion, que la domina y que busca distracciones á su existencia, hasta la hora en que la sacrifica á un deber.

Tal era Vergniaud en la cárcel. No parecia el mas impassible de sus compañeros de infortunio, sino porque era el mas reflexivo y el mas grande de todos ellos. La amistad tenia un ascendiente poderoso en su alma. El dia antes de abrirse el proceso de sus coacusados, arrojó al patio de la cárcel el veneno que llevaba consigo hacia cinco meses, á fin de morir con la misma muerte que sus amigos, y acompañarles hasta el cadalso.

XI.

El 22 de octubre se les comunicó el acta de acusacion, y el 26 principió á verse el proceso. Desde la causa de los Templarios no se habia visto comparecer todo un partido con gefes mas numerosos, mas ilustres y mas elocuentes ante ningun tribunal. La fama de los acusados, su prolongacion en el poder, su peligro presente, la dura venganza que empuja á los hombres á presenciar el espectáculo de los grandes trastornos de la fortuna, y que les causa una alegría secreta al contemplar sus caidos restos, habian atraido y retenido hasta el fin de la lectura de la causa, una multitud de gentes que se apiñaba en el recinto y los alrededores del tribunal revolucionario. La mayor parte de los jueces y de los jurados habian sido amigos ó clientes de los acusados. Estos jueces estaban resueltos á hallarles culpables y á librarse de toda sospecha de complicidad, arrojando este partido á que fuese devorado por el pueblo, y con todo, no se atrevian á dirigir la vista á los acusados, temerosos de encontrar un amigo,

que les dirigiése en una mirada, una súplica y una reconvencion.

Una masa imponente de fuerza armada, ocupaba los puestos de la Consergeria y del Palacio de Justicia. La artilleria, los uniformes, los pabellones de armas, los centinelas, la gendarmeria con los sables en las manos, anunciaban claramente la vista de una de esas causas políticas, cuyo juicio es una batalla y cuya justicia es una ejecucion.

Los acusados fueron introducidos en el tribunal. Eran veinte y dos. Este número fatal escrito en la primera idea de proscripcion del 31 de mayo, no habia disminuido á pesar de la fuga ó de la muerte de algunos de los primeros veinte y dos diputados, designados para la depuracion de la Convencion. Se habia completado el número, añadiendo á los girondinos, otros acusados extraños á su faccion como Boileau, Mainvielle y Antiboul, para que el pueblo al ver aquella igualdad numérica, creyese encontrar en ella el mismo complet, detestar el mismo crimen y herir á los mismos conspiradores.

XII.

A las once de la mañana, entraron uno á uno por medio de dos filas de gendarmes en la sala de la audiencia. La multitud viéndolos pasar preguntaba sus nombres y buscaba en sus facciones las señales imaginarias de las maldades, que se decia hallarse personificadas en ellos. Atúrdiase, no obstante, de que aquellas frentes tan jóvenes y aquellas caras tan serenas, ocultasen bajo la belleza y la dulzura de sus facciones, tanta maldad y tanta perfidia. El primero que se sentó en el banco fué Ducos, de edad apenas de veinte y ocho años: su aspecto juvenil, sus ojos negros y perspicaces, y la movilidad de su

fisonomía, revelaban uno de esos naturalistas meridionales, á los que la vivacidad de sus impresiones impide hacerse profundos; hombres en quienes todo es ligero, hasta el heroísmo. Fonfrede, mas jóven que su cuñado, seguía detrás de este. Una sombra de melancolía mas grave estaba esparcida por todo su rostro. Se veía en su aspecto pensativo, la lucha interior entre el amor que le unía á la vida, y la generosa amistad que le hacia sacrificarse voluntariamente á la muerte. Muchas veces se le habian ofrecido á Fonfrede los medios de evadirse. «No, respondia, la suerte de Ducos será la mia: salvarme, yo solo, no sería salvarme, sería perderlo.» Salido Fonfrede de la cárcel, habia vuelto á ella voluntariamente. La mirada de estos dos jóvenes girondinos se fijaban con mas seguridad sobre la multitud y se dirigian con mas confianza sobre los jurados. Ducos y Fonfrede no habia participado en la Convencion, y en la comision de los Doce, ni de la sabiduría de Condorcet y de Brissot, ni de la moderacion de Vergniaud. Entusiastas y fogosos como la Montaña, habian reprendido muchas veces la tibieza revolucionaria de su partido. No aborrecian en Danton sino las manchas de la sangre de setiembre. Este hubiera sido su gefe, si no hubiera existido Vergniaud. Queridos de la Montaña, para la cual la juventud era un atractivo, esperaban en secreto que los montañeses tendrian en consideracion lo exaltado de sus opiniones, y que en los últimos momentos, se harian el cargo de que no habia en ellos otra culpabilidad que la de llevar el nombre de un partido proscrito.

XIII.

Despues de estos, seguía Boileau, juez de paz de Avalou. Hombre débil, mezclado por casualidad en las

filas de la Gironda, cayó en la cuenta de su error ante la muerte, y proclamó con un tardío arrepentimiento, las opiniones triunfantes y el patriotismo sin piedad de la Convencion. Boileau tenia cuarenta años. Su aspecto indeciso atestiguaba la fluctuacion de sus ideas. Sus miradas imploraban las miradas de los jueces y parecian decirles: «¡No me confundais con mis pretendidos cómplices! si no estuviese con ellos, sería su primer enemigo.»

Mainvielle iba despues, jóven diputado por Marsella, de edad de veinte y ocho años, era como Ducos, de una belleza admirable, pero mas varonil que la de Barbaroux. Se habia manchado con la sangre de Avignon su patria, para arrancarla por la violencia del partido papal, y unirla á la Francia y á la revolucion. Acusado por Marat de moderantismo, esta acusacion lo habia confundido con la Gironda.

Duprat, su compatriota y amigo, le acompañó por el mismo crimen en los calabozos y el tribunal. Despues de estos, seguía Antiboul, natural de Saint-Tropez y diputado por Var. Culpable por la valerosa humanidad que desplegó en el proceso de Luis XVI, Antiboul habia consentido en proscribirlo como rey, pero no en ajusticiarlo como hombre. Su crimen era su conciencia. La calma y la pureza resplandecieron en sus facciones. Despues seguía Du Chastel, diputado por Deux-Sevres, de edad de veinte y siete años, que se habia hecho llevar moribundo á la tribuna, envuelto en una manta, para votar en contra de la muerte del tirano, y á quien llamaban en la Convencion á causa de su traje en aquella ocasion, el *aparecido de la tiranía*. La elevacion de su estatura, la actitud marcial de su cuerpo, la gracia y la nobleza de su persona, atraian todas las miradas.

Carra, diputado por el Saone y Loire en la Convencion, se sentó al lado de Du Chastel. La espresion vulgar y desordenada de su fisonomía, su encorvado cuerpo, su cabeza gruesa y basta, y el desaliño de su traje, que

recordaba el de Marat, contrastaba con la estatura y con la belleza de Du Chastel. Carra era uno de esos hombres que tienen la impaciencia de la gloria en el alma, sin alcanzarla por su talento, que se arrojan en la corriente de las ideas de la época, pero que teniendo en sus sentimientos más luces que inteligencia, se detienen cuando notan que la corriente los lleva al crimen; tal era Carra, sabio, confuso, fanático, declamatorio, fogoso en el movimiento y fogoso en la resistencia. Se había refugiado en la Gironda para combatir los excesos del pueblo, sin separarse de la república. Su periódico había sido eco de sus doctrinas y de su elocuencia, pero este eco no debía parecer con la voz que lo producía.

Un hombre oscuro, con trage y aspecto rústicos, llamado Lauze de Perret, víctima involuntaria de Carlota Corday, estaba sentado al lado de Carra. Era noble, y sin embargo, cultivaba con sus propias manos la herencia rural de sus padres. Sin ambición y sin vanidad, la revolución lo había cogido como á Cincinato con el arado en la mano. Sus conciudadanos le habían elegido á su pesar como al hombre más honrado, y pagaba bien caro en esta ocasión el precio de su fama. Tenía cuarenta y siete años. En seguida estaba Gardien, diputado por Viena, de la misma edad y de igual exterior. Gardien había votado en contra de la muerte del rey, y hecho parte de la comisión de los Doce. Había desplegado la energía serena de un buen ciudadano contra los facciosos; había pedido la prisión de Hebert, de Chaumette y de los conspiradores del ayuntamiento; merecía, pues, un lugar en la primera fila de los vencidos del 31 de mayo, y lo aceptaba. Después de este iba Lacaze, diputado por Libourne y Lesterpt-Beauvais, diputado por la Alta Viena: los dos eran amigos de Gensonné, admiradores apasionados de su elocuencia y de su valor, y se gloriaban de ser acusados de las mismas virtudes que él. Su semblante manifestaba ser este su sentimiento. Tenían

á honor el verse envueltos en la acusación de Gensonné, como si de esto les resultase una gran gloria.

Gensonné estaba á su lado. Este era un hombre de treinta y cinco años, pero en cuyas facciones la madurez de juicio, la importancia de su representación y la firmeza reflexiva de sus opiniones habían impreso un sello de dureza y de firmeza, que le hacía aparecer tan grave cual otro Nestor agobiado por el peso de los años.

Su frente alta é inclinada hacia atrás, sus cabellos espesos, erizados y empolvados según la costumbre de la antigua época, manifestaban la altivez de su persona. Aquel hombre tenía la cabeza erguida cual si amenazase con su reto á los mismos que iban á decidir de su vida, y en su imperceptible sonrisa, se revelaba el sarcasmo y el desprecio interior que le infundían jueces, acusadores y pueblo. Parecía á la estatua de la impopularidad, á la de la aristocracia intelectual, desdeñosa como la aristocracia de la sangre. Su trage no solo aseado, sino elegante, era de la hechura y de las telas que estaban proscriptas, lo cual añadía aun mucha más impopularidad á la fisonomía de Gensonné.

Un médico de Dinan, llamado Lehardy diputado del Morbihan, hombre sin otra ambición que el amor de los hombres y sin otro brillo que su muerte, se guarecía modestamente en los brazos de Gensonné. Había considerado en la minoría de los girondinos el centro de las virtudes cívicas, y se había reunido á ellos por horror á sus enemigos. Su pensamiento sensible y sufrido, parecía más ocupado de la suerte de aquellos que de la suya propia.

En seguida se dejaba ver Lassource: hombre de bien, de palabra exaltada y de imaginación trágica. Sus cabellos cortados y sin polvos, su vestido negro, su aspecto austero, su fisonomía ascética y concentrada, recordaban en él, el ministro del Santo Evangelio y á los puritanos de Cromwell que buscaban á Dios en la libertad y en su proceso el martirio. Vigée, hombre desconocido y que

apenas llegó á la Convencion cayó en el lazo de las primeras votaciones pasó desapercibido despues de Lassourcee.

Este y Vigeé precedian á Sillery, antiguo confidente del duque de Orleans, acusado de inspirarle por medio de su esposa ideas ambiciosas y el deseo de subir al trono. Sillery se habia separado del duque despues de la muerte del rey, porque su corazon honrado se sublevó contra el regicidio. Se habia detenido no como un hombre tímido que se arrepiente en silencio y desaparece entre las sombras, sino como un hombre resuelto que se vuelve y hace frente al peligro. Una república grande y pura le habia parecido ser una ambicion mas noble, que una corona recogida entre arroyos de sangre. Este hombre en resúmen, se habia identificado con los girondinos, y aunque respetuoso hácia Orleans, aconsejaba á este principe en secreto la enmienda, y le predecia la catástrofe que le aguardaba, la actitud militar de Sillery, su traje y su fisonomia altiva, revelaban en él el noble que desprecia á la multitud. Presa de las primeras enfermedades de la vejez, empeoradas por la humedad de los calabozos, Sillery andaba apoyado en una muleta. Pero esta señal de sus padecimientos físicos daba mas realce á su persona, que lo que la quitaba en gracia y lijereza. La expresion de sus facciones era la de la felicidad, y parecia que se gozaba en libertarse de las dificultades de su situacion y en escapar de las reconvençiones que sus antiguas faltas merecian, por una muerte noble, en medio de sus amigos y con lo mas escogido de la república.

Valazé tenia la actitud de un soldado en medio del fuego. La consigna de su conciencia le dictaba que era preciso morir, y murió. Su traje y el modo de llevarle, revelaban el hábito de vestir de uniforme. Sus miembros delgados, sus facciones pálidas y macilentas, el fuego sombrío de sus ojos, revelaban en él uno de esos hombres obstinados en quienes el pensamiento es la enfermedad crónica del cuerpo.

El abate Fauchet seguia despues de Valazé. Tenia cerca de cincuenta años, pero la belleza de sus facciones, la elevacion de su estatura, y el color de su rostro le hacia parecer mas jóven. Su traje recordaba su antiguo ministerio por el color y por la hechura. Su cabello designaba la tonsura del sacerdote cristiano, largo tiempo cubierto con el gorro rojo del revolucionario. Su cara no tenia mas expresion que la de su alma, el entusiasmo. Se conocia que su pecho no era mas que un hogar. Fauchet habia alimentado en él sucesivamente, ó á la vez, el triple fuego del amor, de la libertad y de Dios. El momento de Dios habia llegado y le daba su vida en expiacion. La auréola del inspirado, del apóstol y del orador, iluminaba su frente. El tribunal, era para Fauchet un santuario á donde iba á confesar sus faltas y á ofrecer el sacrificio de su propia sangre.

XIV.

Brissot estaba el penúltimo. Era un hombre de mediana edad, de estatura pequeña, cara macerada, alumbrada solamente por una inteligencia animosa, y ennoblecida por una intrépida obstinacion de ideas. Vestido con una sencillez afectada de filósofo ó de hombre de la naturaleza, su raído traje negro no era mas que un pedazo de paño cortado geométricamente para cubrir sus miembros. Su cabello corto y sin polvos se parecia al de un quakero americano. Brissot tenia en la mano un lapiz y un papel, en donde apuntaba á cada instante algunas notas. Solo él estaba agitado. Se veia que perseguido por la mala é injusta fama de libelista y de aventurero político de que habia sido tachado en su juventud, atormentado por sus desgracias mas que por sus faltas, conocia mas que sus colegas la necesidad de defenderse y que

aceptaría mas resueltamente el suplicio que la calumnia. Gozaba en poder confundirla aceptando el martirio como un sábio.

XV.

En fin, el último que venia atrayéndose las miradas de todos era Vergniaud. Todo París lo habia conocido y lo habia visto en su magestuosa perspectiva sobre el pedestal de la tribuna. Habia curiosidad por contemplar, no solamente el orador á la misma altura con sus enemigos; sino al hombre colocado en el banquillo de los acusados. Se esperaba de él esfuerzos y esplosiones de elocuencia que diesen al drama del proceso las peripecias y los retrocesos de opinion dignas de los días de Demostenes ó de Ciceron. El prestigio de Vergniaud le rodeaba completamente. Era uno de esos hombres de quienes se espera todo, aun lo imposible.

Un murmullo de interés y de compasion resonó al verle. No era éste el Vergniaud de la Convencion, sino el preso del pueblo. Sus músculos flojos por la ociosidad y por el decaimiento del alma no marcaban la armazon un poco maciza y fofa de su cuerpo. Habia en su actitud una dejadez de sí mismo que parecia el desfallecimiento. Su obesidad; su paso tardo, su mirada desvanecida ó apagada, sus megillas hinchadas, su color lívido y marcado con la palidez de las cárceles. Su frente sudaba, y los bucles de su cabello parecian pegados á su piel, por un sudor continuo. Vestia la misma casaca azul con largos faldones y un ancho cuello vuelto, con que se le habia visto siempre en la Convencion; pero esta casaca, ya demasiado estrecha por haber engordado, se le rompía por la espalda y se le separaba por el pecho, impidiéndole la libertad de los movimientos, como si fuese un vestido prestado. Toda su persona respiraba la decadencia de

las grandes cosas. Se enternecia uno involuntariamente viéndolo, pero nó temblaba. Era el atleta vencido y caído en tierra. Aunque Vergniaud entró el último, sus colegas le hicieron lugar en el centro del banco como un gefe alrededor del cual tenian la gloria de agruparse: los gendarmes le permitieron sentarse allí.

XVI.

El acta de acusacion de Fouquier-Tinville, concertada segun se dice con Robespierre y Saint-Just, no era mas que una estensa y amarga reproduccion del folleto de Camilo Desmoufins, titulado *Historia de la faccion de la Gironda*. Esta era la historia de la calumnia escrita por el calumniador, y de la que daba testimonio el verdugo. Nada añadieron á ella. El rencor no tenia necesidad de convencerse, porque habia sentenciado ya con anticipacion.

Los jueces hicieron comparecer como testigos á todos los enemigos mas encarnizados de los acusados. Pache, Chabot, Hebert, Chaumette, Montaut, Fabre de Eglantine, Leonardo Bourdon y el jacobino Deflieux, leyeron en lugar de testimonios, largas invectivas contra los girondinos. Estos discutieron en breves palabras con los testigos. En lugar de llevar la defensa á la altura de su situacion y de su alma sobre el terreno de la política general, y confesar el crimen glorioso de haber querido moderar la revolucion para hacerla irreprochable y vencedora, se limitaron á unirse individualmente contra los golpes de sus enemigos. Su defensa fue poco digna, rebajandose su dignidad. El mismo Vergniaud pareció escusarse, mas que envanecerse por sus opiniones. Brissot, mas firme y con mas fiereza delante de sus enemigos, refutó victoriosamente á Chabot, y luchó hasta el fin con sus acusadores.